

Avemaria de Gounod, cantada por el tenor Luis Petrelli, acompañado por el violín de José María Prado.

Después del Evangelio, sube al púlpito el R. P. Daniel Restrepo, S. J. Ya en otra ocasión dijimos quién es este jesuita eminente, alumno que fue del Colegio del Rosario. El pasó del claustro dedicado á María á la Compañía de Jesús: Tránsito natural: *ad Jesum per Mariam*, dijo un egregio Doctor de la Iglesia. La breve oración del P. Restrepo, bien pensada, dicha en irreprochable prosa castellana y declamada superiormente, versó sobre la sabiduría cristiana, de que María es Sede inmortal. Alguno, al salir de la iglesia, exclamó: ¡ Se pintó á sí mismo sin quererlo en el retrato que hizo del que teme á Dios y le ama !

A fines de Octubre tendremos aún cuatro fiestas más. De ellas se hablará en el primer número del año venidero.

J. B. R.

Octubre 15 de 1908.

DISCURSO DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Respetable Claustro : Señores :

Hace todavía muy poco tiempo asistía yo á estos actos como estudiante del Colegio, y sentado en uno de esos bancos que hoy ocupáis vosotros, señores alumnos, esperaba con ansiedad el momento en que se pronunciara mi nombre en la lista de los premiados para apresurarme á recibir, en el colmo de la alegría, la medalla ó el libro que me sirviera delante de mis padres para atestiguar mis esfuerzos. ¡ Cuánta felicidad si mi esperanza no era frustrada ! ¡ Qué desencanto, algo infantil pero muy cierto, si veía desvanecidas mis ilusiones al fin de la premiación ! Por fortuna, el testimonio de mi propia conciencia me tranquilizaba ; solía pensar que el solo hecho de pertenecer á este

Instituto acreditaba mi aplicación y buen porte; y me consolaba del todo con el propósito de ganar el primer premio al año siguiente. Con seguridad que muchos de vosotros vais á veros ahora en el mismo caso.

Después, en mi condición de catedrático—honor que apenas habré merecido por mis buenos deseos— y sobre todo como hijo amoroso del Colegio, he seguido presenciando, casi sin interrupción, estas sesiones: y, ya libre de mis emociones de alumno, he experimentado en ellas la grata impresión de los recuerdos lisonjeros; he gozado inmensamente al ver la dicha que se manifiesta en el semblante y en los ojos de los que reciben algún premio; y sin dejar de mirar á mi provecho, he fijado la atención de modo especial en el discurso con que, por tradición de siglos, se han hecho siempre más interesantes y atractivas estas solemnidades. Lo que no me pasó nunca por la imaginación fue que algún día me iba á tocar á mí decir ese discurso y ocupar este puesto, consagrado por la palabra elocuente—que ahora resuena más en mis oídos—de tantos varones ilustres! Pero así lo ha querido en esta ocasión el Sr. Rector, el mismo que ayer no más dirigía mis pasos como maestro sapientísimo, y el mismo que en todo tiempo me ha favorecido con inmerecidas muestras de cariño y aprecio. ¿Qué podía yo hacer? ¿Declinar el honor sólo por ver en él un peso demasiado grave para mis fuerzas? De ninguna manera: no me quedaba más camino que venir hoy aquí á procurar colocar mi grano de arena en una obra, ya magna, en la cual se han puesto á contribución la Historia, la Literatura y la Filosofía; las artes y las ciencias; las tradiciones venerandas del Colegio; el amor á la Religión y á la Patria.... ¿Qué podré yo agregar, distinguidos alumnos, que os interese por algún lado?

Anímame, sin embargo, el pensamiento de que vosotros escucharéis siempre con gusto, aunque se os repita una y mil veces, todo cuanto se refiera á este glorioso Instituto, al cual profesáis amor intenso, y por razones muy justas: se

parece tanto al nido donde se deslizaron vuestros primeros años; os brinda un calor tan semejante al de una madre; conduce vuestras voluntades, más con el influjo y prestigio de su esclarecida fama que con el ejemplo y las amonestaciones de vuestros superiores; os alimenta, os hace adquirir corporal vigor con diarios ejercicios gimnásticos; y nutre, además, vuestras inteligencias con la verdad, os educa el gusto con el estudio de los modelos clásicos, y pone delante de vuestra vista la antorcha luminosa de la Filosofía escolástica, suave antorcha que no deslumbra ni ciega, y que sí habrá de derramar siempre en vuestro camino una serena claridad que pueda guiaros.

Bien sé que todos vosotros, aun los menos adelantados, conocéis y repetís á menudo muchos de los principios ó de los célebres aforismos de esa Filosofía, alma de este Colegio; pero, por lo mismo, prestaréis atención benévola á lo que de ella acierte á deciros el último de vuestros profesores.

Hija y sucesora de la Filosofía patrística, é informada, como tampoco lo ignoraréis vosotros, en las doctrinas espiritualistas de ésta, aunque ya desechando del todo el idealismo de Platón y acogándose con más decisión al método aristotélico, surgió la Escolástica en el siglo IX, y debió su cuna y la derivación de su nombre á las escuelas que en aquel tiempo fundó ó patrocinó Carlomagno; pero no llegó á su apogeo sino más adelante, en el siglo XIII, que si bien influído todavía, á no dudarlo, por la visión dilatada del Príncipe difundidor de la Fe de Cristo y por la trascendencia que tenía que revestir la definitiva constitución de la Iglesia, llevada á cabo por su libertador, el Papa Gregorio VII, aventajó en todo sentido á los demás siglos medios, y produjo, para auréola de su grandeza, á Santo Domingo de Guzmán y á San Francisco de Asís; al Beato Alberto Magno, á San Buenaventura y á Santo Tomás de Aquino, en quien la Filosofía de la escuela reconoce su cumbre más alta.

Pero si el origen de esa Filosofía se remonta á la época de las Universidades, de las Cruzadas y de los santos; si su primer representante es el más digno que se pudiera suponer, ¡cuán admirable también lo que constituye su esencia, ó sea las relaciones entre la Filosofía y la Teología, y el seguimiento de las huellas de Aristóteles, fundador de toda lógica!

Sin pretender confundir, como lo hiciera Lammenais, la Filosofía con la Ciencia revelada, y concediendo, por el contrario, amplísima libertad á la razón humana, que se cierne como águila en el ancho espacio de las cuestiones dudosas, *in dubiis libertas*, la Escuela proclama, sin embargo, el acuerdo que debe reinar entre la razón y la fe, mas sin que á ninguno de estos dos criterios principalísimos le sea lícito usurpar el terreno del otro; mucho menos á la razón el que le corresponde á la fe, toda vez que, si llegara á faltar aquélla, ésta sola podría suministrar al hombre la única certeza que le es verdaderamente ineludible, la de las cosas eternas; al paso que la razón sin la fe.... ¿cuál de vosotros no sabe á dónde conduce? Recordad solamente lo que habéis aprendido en vuestras lecciones de historia: ¿no veis lo que ha sucedido siempre que la soberbia de los hombres ha osado olvidarse de la autoridad de Dios? ¿no os acordáis del terrible castigo que recayó sobre Roboam, desatentado príncipe, que interpretaba á su manera la Ley de Moisés, y que hubo de pagar su orgullo, y las postreras infidelidades de Salomón, su padre, con el destrozo de su reino? ¿no veis de qué manera fue postrado Nabucodonosor, y su nieto Baltasar y toda la "soberbia Babilonia," como la califica Isafas (1)? Pero volved ahora los ojos á una Nación moderna, que suele atraernos demasiado á los colombianos; contemplad un momento los cuadros de ignominia de la Revolución que preparó la ciencia rebelde de los enciclopedistas; ó deteneos en lo que actualmente está pasando en esa misma Francia,

(1) *Inclita superbia Chaldaeorum—Is. XIII, 19.*

tocada de crónico volterianismo, y decidme si no obraría con prudencia muchísimo mayor la Filosofía escolástica, al asentar como base inmovible de sus especulaciones la conformidad de la razón con la Sagrada Teología.

Verdad es que entre dos ó más ciencias hay que concederle la primacía objetiva á la que le corresponda, en virtud de su excelencia y de la certeza que infunde; por lo cual ninguna hay tan elevada como la que tiene á Dios mismo por causa material, y no puede inducir á error, por apoyarse, no en los juicios, á veces contradictorios, del entendimiento humano, sino en las infalibles enseñanzas divinas. Pero ni aquella prudente conformidad, ni esta supremacía en el orden objetivo, podrían servir de fundamento para la objeción que, á ejemplo de Cousin, han formulado todos los que pretenden que la Filosofía de la Edad Media hace del pensamiento un aherrojado y servil esclavo de la fe. Nada de eso: el filósofo de Estagira es, por decirlo así, el modelo, y él ni siquiera participa de las opiniones de su maestro, porque no le parecen aceptables; Santo Tomás de Aquino estudia y analiza todas las doctrinas, poniéndose siempre á salvo de sus errores; el Fundador del Colegio del Rosario encarece lo esencial del tomismo, su espíritu, pero *sin obligar á nadie á más ajustamiento del contenido en los breves y mandatos apostólicos*, según sus propias palabras; en las *Constituciones nuevas* se recuerda á los catedráticos de filosofía *que el espíritu de Santo Tomás es espíritu de amplia libertad en la investigación filosófica, y que León XIII amonesta que si entre las doctrinas escolásticas hay alguna que no esté de acuerdo con las estudiadas en la edad moderna, y no parezca probable en modo alguno, no intenta proponerla á la imitación de nuestro siglo*. ¿O no serán escolásticos ni Fray Cristóbal de Torres, ni León XIII, ni Santo Tomás, sino solamente Rocelino y Abelardo por haber sido los primeros que en su tiempo agitaron el problema de los universales, como parece que lo creyera Hauréan al afirmar que aquel

problema fue el único ventilado en la Filosofía escolástica? Graciosa opinión sería ésta: ¿pero no se ha dicho, también con mucha gracia, que el único metafísico es Locke?

Por lo que hace á la manera de pensar de M. Hauréan debe observarse que, aunque no anduviera tan lejos de lo cierto, en todo caso la solución de tan delicado y trascendental asunto, como es el de los universales, sería suficiente para la gloria de la Escuela; y que, por otra parte, la famosa cuestión no fue resuelta satisfactoriamente antes de Alberto el Grande, quien por haber abarcado, como la mayor parte de los escolásticos, todo el campo de la Filosofía, mereció el título de Doctor universal.

En cambio, otros muchos opinan, como cierto panegirista de Luis Vives (1), que no deben contarse en el número de los escolásticos á los primeros suscitadores de la cuestión relativa á las esencias. Error manifiesto también: porque dentro de los inmensos límites de la Filosofía escolástica tuvieron cabida multitud de opuestas doctrinas que no fueron reducidas á un conjunto de ideas uniforme y compacto sino hasta el advenimiento del Doctor de Aquino.

Os he nombrado á Luis Vives, honor de España, muy dado al cultivo de las lenguas sabias, y no ajeno á las especulaciones filosóficas; pero que sacudió el llamado por él ominoso yugo del escolasticismo, por razones harto pueriles: ¿qué os parece, v. y gr., aquello de querer arrojar en profundo olvido un sistema filosófico, cualquiera que fuese, porque no usó, ni podía usar, del lenguaje de Cicerón, de Julio César ó de Virgilio? A fe que tanto valdría como afirmar que no es posible encarecer la práctica de las virtudes, mostrando la brevedad de la vida, la seguridad de la muerte ó la esperanza del cielo, si no se hace en tercetos iguales á los de Fernández de Andrada; ó que no puede ser buen agricultor quien no se haya aprendido de memoria las Geórgicas, ni siquiera mediano geólogo quien

(1) Enrique Gil y Carrasco—*El Pensamiento*, periódico español. 1.ª entrega, del tomo I, año de 1841.

no guste de la ingeniosa presía del Sr. Fallon sobre las rocas de Suesca. Por fortuna para el Colegio del Rosario, al par que su sagaz Fundador le impuso el estudio de la Filosofía según la mente de Santo Tomás, estableció en él una y más cátedras de humanidades, previendo así los cargos de nuevos Vives, ó Bombos, ó Picos de la Mirándola; y también á diferencia de algunos positivistas que impugnan al Doctor Angélico y proclaman la inutilidad del griego y del latín.

Ahora bien: si todas las ciencias tienen su vocabulario especial, ¿cuánto más deberá poseerlo la Filosofía, que necesita ser lo más clara posible y establecer las más sutiles distinciones para llegar al conocimiento pleno de su objeto! La precisión que exige su terminología es tal, que á veces son enteramente intraducibles algunas de sus expresiones, como *per se*, *per accidens*, *in re*, *ante rem*, *post rem*, *à priori* y tantas otras. Todo lo cual, unido á la época de decadencia literaria en que escribieron los doctores de la Edad Media, justifica suficientemente los defectos accidentales del estilo.

En el libro titulado *In Pseudo-Dialecticos* se declara Vives amargo contendor del método escolástico. Pero dadas las clasificaciones y el sinnúmero de divisiones y subdivisiones que, en virtud del natural desenvolvimiento de las ciencias, ha habido necesidad de ir introduciendo en éstas, la gastada objeción que se fundaba en el abuso que indudablemente hizo la escuela del procedimiento *à priori* en las ciencias físicas, ha venido á perder en la actualidad todo valor. Sin embargo, parece que el filósofo español debió principalmente su renombre y su granísima influencia á las sátiras punzantes contra aquel método y á ciertas bases que él sentó y que más adelante se apropió el fundador del empirismo.

Muchos de vosotros conocéis ya el método inventado por Aristóteles, genio maravilloso cuyas huellas, marcadas

en el terreno de la Filosofía con pisadas de gigante, fueron seguidas por casi todos los escolásticos; sabéis también el admirable acuerdo que existe entre ese método y la naturaleza humana, puesto que según él, todo conocimiento principia en los sentidos con la percepción concreta, y termina en el entendimiento con la idea abstracta y con la reflexión. ¿A qué cansaros, pues, con la casi infinita enumeración de sus aplicaciones en los diferentes ramos del conocimiento, ó con la relación de otros sistemas que, como el de Descartes, ó el de Malebranche, ó el platónico de las ideas innatas, no lo han seguido, cuando estos sistemas y aquellas aplicaciones están comprendidos y desarrollados ampliamente en la serie de vuestros estudios? Básteme decir ahora que, si bien los sabios de la escuela discreparon entre sí con mucha frecuencia al comentar las obras del Estagirita, y aun interpretaron de opuestos modos muchas de sus doctrinas, como las relativas á la naturaleza y al sér, á la esencia, á la substancia, á la causalidad y sus especies, ni uno solo se apartó del único y verdadero método científico, de aquel que mediante la combinación de los sistemas inductivo y deductivo, de la análisis y la síntesis, domina todo el ámbito del humano saber; y básteme haberos dicho hace un momento que la única objeción aparentemente fundada que se le hacía ha caído ya postrada para siempre.

Os he citado también el argumento que le opone M. Hauréan á la Filosofía escolástica, y el que le opone Cousin: ¿existen otros? No, porque todos los demás se reducen á esos, repetidos en todo tiempo y bajo muchas formas; y no merecen el nombre de tales cuantos han degenerado en injuriosos denuestos formulados, claro está, no por ningún filósofo de nota, sino por la insensata altivez de los seguidores de éste ó aquel *prohombre*. No creáis, por ejemplo, que Darwin ó Littré se hubieran atrevido á calificar ningún sistema de *rancio oscurantismo* ó de *peripato añejo*; ni penséis que tenía siquiera un ápice de filósofo aquel es-

critor, por otros lados estimable (1), que estampó en el prólogo de un libro este concepto: "Los raudales de la Filosofía antigua se mezclaron y confundieron en el *cenagal* del escolasticismo...." ¡Como si se tratara de la Revolución francesa con todos sus horrores ó de la Reforma, verdadero cenagal, cuyo iniciador sí es cierto que no pudo seguir comentando á Aristóteles en la Universidad, ya crecientemente, de Witemberg, y cuyo representante en Inglaterra, Enrique VIII, por poco no se decide á formar en sus filas, porque llevaba el título glorioso de *Defensor de la fe*, porque sabía Teología y porque desde sus mocedades había sido ferviente admirador de Santo Tomás de Aquino!

¿Pero aquel otro cargo—el de *oscura antigualla*—que con incansable martilleo han repetido todos los secuaces del progreso demoledor de lo antiguo, aunque sea bueno, ese otro cargo contra la Filosofía escolástica sí os da algo en qué pensar? ¿Creéis, por ventura, que á la verdad le salen canas, y arrugas en la frente, ó que se va debilitando poco á poco hasta morir entre los sesenta y los ochenta años? ¿Y qué, si esto fuera así? Vosotros mismos á quienes os falta tanto para llegar á viejos, y á quienes pudiera atraeros, por ley de simpatía, todo aquello que se presenta con visos de verdad; vosotros mismos, digo, ¿no amáis muchísimo y no queréis imitar á vuestros antepasados, cuyos retratos ocupan lugar preferente en las salas de vuestras casas? Pues bien: en Filosofía, Aristóteles y los Doctores del siglo XIII; el Cardenal Cayetano, Suárez y Domingo de Soto serían los ascendientes, en línea recta, de Fray Cristóbal de Torres, de Araque Ponce de León, de Caicedo y Flórez, de nuestro Rector actual; y por consiguiente—¡qué gloria!—de todos vosotros y de quien os habla, porque tanto vosotros como yo somos hijos de este

(1) D. JOSÉ JOAQUÍN DE MORA, poeta de buen humor y grande hablador que tradujo, con criterio sospechoso, un librito de Fenelón, con el mote de *Vidas de los Filósofos*. A este librito precede el prólogo aludido.

Colegio, fundado para *sacar afuera la doctrina de Santo Tomás*, según se halla consignado en los Estatutos. Que otros reconozcan su abolengo en Epicuro, ó en Kapila y Gotama; en Heráclito, en Demócrito ó en Pirrón: ¿qué importa? Siempre quedará en pie la verdad, y siempre será preferible al error, aunque éste se revista con atavíos tan cándidos como los de un recién nacido.

Ni vale el empeño que á veces toman los diferentes sistemas por ocultar su vejez. Decidme, por ejemplo, si en la nebulosa filosofía alemana, el nombre negativo de *yo fenomenico* ó *no yo*, aplicado á todos los seres distintos del sujeto pensante, no encarna el escepticismo de Pirrón; si Hobbes y Cabanis reformaron á Epicuro; si los partidarios de la constitución atómica han agregado algo á la física de la Escuela de Abdera; si algún pesimista, en fin, ha llorado como el excéntrico de Efeso sobre la fatal desdicha del género humano. Viejas son también las hipótesis de Darwin, convertidas por sus discípulos en rotundas afirmaciones transformistas; viejos el Racionalismo, el Positivismo, el Progreso indefinido y todos los errores del *siglo de las luces*, por más que se hayan presentado con modificaciones accidentales; y, si me permitís la paradoja, no es otra cosa que una suma de vejezes contra la Iglesia de Cristo lo que acaba de surgir ahora con el nombre favorito de *Modernismo*, ya enérgicamente combatido por el Pontífice Romano. Hé aquí por qué tampoco pueden tener novedad alguna las objeciones que esas diferentes sectas le han opuesto á la Filosofía escolástica, la cual ha desvanecido siempre cuantos cargos se le han hecho, quedando al través del tiempo victoriosa y triunfante.

Aquí mismo en el Colegio del Rosario obtuvo la Escuela un nuevo triunfo cuando, á fines de 1890, fue nombrado Rector el Sr. Dr. Carrasquilla, quien desde antes de recibir las sagradas órdenes hasta estos momentos, en que acaba de cumplir sus *Bodas de plata*, celebradas por todos nosotros con justo regocijo, no ha dejado de luchar un solo día por la nobilísima causa de la Filosofía tomista.

¿Qué significaba ya para el Angélico Doctor el transitorio destierro á que se le condenó en un tiempo para dar alojamiento en su casa á Tracy y á Bentham?

No podría dejar de recordar ahora, señores alumnos, que por una feliz coincidencia me tocó á mí venir por primera vez á este segundo hogar tan querido, justamente al iniciarse la era de su reconstrucción en todo sentido; que fui yo de los primeros colegiales que se recibieron aquí cuando volvieron á regir las Constituciones del Fundador y cuando el Colegio recobró su autonomía; y que me ha tocado, por consiguiente, presenciar todas las mejoras y reformas que se han llevado á cabo para acomodar mejor el Instituto al espíritu del Arzobispo Torres y á las variables necesidades del tiempo. Pero si es verdad que el Colegio del Rosario me recibió á mí bajo tan buenos auspicios, á vosotros os ha acogido en días no menos favorables y felices: todavía está regido por el mismo que lo ha puesto en tan grande altura; todavía os conduce el Maestro bondadoso y sabio que encamina á sus discípulos á una cumbre donde reside la fe en Dios, las virtudes, el amor á la Patria y la verdadera ciencia, cuyo solo fundamento, cuya piedra angular es la Filosofía cristiana.

He dicho.

ANTONIO OTERO HERRERA

31 de Octubre de 1908.

UNA CONFERENCIA

DEL DR. R. M. CARRASQUILLA (1)

Fácil cosa es llenar una arquita de paja ó piedras del camino, mas llenarla de pepitas de oro ó piedras precio-

(1) Este escrito forma parte de un artículo crítico sobre el libro publicado por el Dr. A. J. Uribe, con motivo del quincuagésimo aniversario de la Sociedad de San Vicente de Paúl. Lo tomamos de *El Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, excelente revista que se publica en Bogotá, re-lactada por Padres de la Compañía de Jesús. N. de la R.